

El sentido de la afectividad en la comunicación: un punto de vista psicosociológico

Angélica L. Bautista López

Introducción

Cuando nos referimos al término “comunicación”, siempre necesitamos ubicarlo en un marco de referencia específico, ya que por sí solo es demasiado amplio y se presta a ambigüedades. Para ubicar la perspectiva del presente escrito ante la “comunicación”, nos referimos en primer lugar al trabajo de disciplinas tales como la lingüística y la semiótica. Esta referencia es casual, ya que ambas partieron del signo y su significado sin considerar la emotividad del significante. Cuando agotaron sus posibilidades de explicación, iniciaron un trabajo encaminado a la explicitación de lo simbólico.

Es este elemento simbólico el que genera la posibilidad comunicativa del lenguaje verbal y de los demás lenguajes no verbales. Además, crea lazos de identidad que permiten una vivencia única de la vida cotidiana. La necesidad de estudiar este elemento simbólico ha resultado obvia para lingüistas y semiólogos (y lo es), pero en este intento hay dos elementos que no han abordado y que son, además, elementos fundamentales de la psicología.

El primero se refiere a la generación simbólica. ¿Cómo es que una palabra, un concepto, un signo, para ser precisos, adquiere significancia subjetiva y compartida por una sociedad? El segundo se refiere al contenido mismo de este elemento subjetivo simbólico: la afectividad. De esta manera, el presente trabajo intenta vincular estos dos elementos dentro de una explicación psicosociológica de la comunicación.

Intersubjetividad

Partamos del elemento simbólico como una noción abstracta que incluye un aspecto cognoscitivo y un aspecto afectivo, ambos subjetivos. A este factor simbólico le es inherente lo social desde sus dos aspectos constitutivos, ya que es el grupo social el que comunica su interpretación de la realidad al individuo, proveyéndolo de su repertorio básico; pero, además, es ante el grupo social que este individuo se comunica y amplía su repertorio asumiendo algunas normas y negando otras en una generación simbólica (Mead, 1972). El afirmar o negar normas, como el aceptar o rechazar ideas y conceptos, no se debe linealmente a una selección cognoscitiva, sino a la vinculación emotiva con un *alter* que para el individuo y con el individuo acepta o rechaza la idea, etc... Este individuo-alter (la vinculación simbólica de ambos), además de aceptar o rechazar, también quiere o no quiere, con todas las variantes posibles en estos extremos.

Desde la lingüística y las aportaciones que a ésta ha dado la semiótica, el símbolo, además de ser un signo con un significado consensual, tiene una característica distintiva: es el significante. Para ambas disciplinas, el significante es principalmente cognoscitivo. Algunos autores (a pesar de esto), se han referido a lo no cognoscitivo que compone al significante (Prieto, 1977). Desde la psicología social y partiendo de la noción de intersubjetividad se puede dar una explicación alternativa a la generación del significante.

Generación del stgnificante

Si entendemos la comunicación social a partir del planteamiento de Mead (1972), tendremos que rescatar el impacto emotivo que un mensaje crea tanto en el que habla como en el que oye, pero no sólo eso, sino que además este impacto es compartido por ambos. No es necesario traducir a palabras ese sentir, ya que cuando existe, los actores de la comunicación lo saben. Se dice que la comunicación es selectiva cuando los límites de ésta responden a patrones culturales (Shibutani, 1971), como por ejemplo el uso del tu o el usted (Bernstein, 1979); pero esta característica de selectividad no sólo responde a un conocimiento normativo: se debe, fundamentalmente, a la carga valorativa afectiva que posee determinada forma y contenido de la misma. Se debe, pues, a la subjetividad compartida, a la intersubjetividad. Es aquí donde surge el sentido o los sentidos

que un significado puede adquirir para un individuo (monólogo) o un grupo de individuos. Tratar de explicar este proceso de significancia de sus elementos no permite llegar a la vivencia misma que le confiere una cualidad diferente a la comunicación.

Esta cualidad diferente surge cuando el lenguaje verbal carga de significado a los lenguajes no verbales. Un mensaje no depende del emisor; tampoco depende de la codificación del receptor, porque el mensaje los incluye a ambos en una comprensión complejamente diferente. Las expectativas que uno tiene de lo que el otro esperaba, comprendió y compartió, de lo que el primero dijo, son la base de la interpretación que éste hace de la comunicación global. Esta comunicación global no es entre el otro y uno, es de ambos. De aquí se desprende que la comunicación no es el mensaje lingüístico (palabras), más el gesto, más el estilo, más el contexto (económico, social, situación, etc.), más la ropa, más etc., sino la interpretación que se generó entre los dos de lo sucedido.

Lo anterior nos lleva a plantear que el significante, que se ha visto como una noción abstracta de los actores de la comunicación y por tanto susceptible de ser impuesta, sólo surge de la realidad construida por ellos mismos.

Significante y realidad

Si bien la realidad no es única, porque siempre es una interpretación subjetiva de los hechos que ocurren, no es una realidad arbitraria (con la salvedad de aquellos significantes netamente personales que, a pesar de esto, siempre son compartidos con alguien, sea real o imaginario), y no puede serlo porque surge de la interpretación social. Esta interrelación crea un espacio de comunicación que incluye signos, significados, símbolos y significantes que pueden parecer a veces caprichosos o contradictorios, pero que sólo adquieren su medida en el espacio que los incluye (Berger & Luckman, 1983).

La complejidad de la realidad, de las diferentes situaciones, no permite hablar de significados únicos (una plática puede ser agradable o incómoda con los mismos signos —palabras—, pero con significados diferentes). Aquí significado no se refiere al significado propio del signo (propio consensualmente), sino al significado que los actores le confieren al signo por variaciones sociales. Estas variaciones dependen de algunos significantes, si es cierto que el significante siempre es afectivo, que refiere siempre a un valor social y que guía las expectativas comunicativas de los hablantes.

Encontramos entonces que el significante articula las comunicaciones sociales como articula la interpretación de la realidad, por lo que ambas surgen de un proceso social no arbitrario. El significante le da sentido a la realidad, no a la realidad personal sino a la realidad social. Esta realidad significada puede ser más clara dependiendo del papel sujetador que jueguen los patrones lingüísticos en una determinada cultura. Pero aquello que culturalmente no se deba decir también tiene un significante que puede estar incluido en la interpretación de realidad compartida, y por lo tanto es comunicado bajo patrones no lingüísticos.

Lo que culturalmente “no se debe decir”, y no se dice verbalmente, forma parte esencial de la emotividad en la comunicación. La forma no lingüística de comunicarlo entra a la interpretación de la realidad como elemento subvertido. Al traducirlo a palabras respondiendo a patrones lingüísticos de sujeción social, pierde esta cualidad subvertiva y, por lo tanto, la afectividad que esto conlleva. Las palabras vuelven neutros a los sentimientos cuando son interpretadas como dadas y no como “creadas”.

Desde un punto de vista utópico sólo sería aceptable que el lenguaje transmite afectividad si lo inventáramos en este momento, pero para poder utilizarlo se requiere de un consenso que, necesariamente, lo limitaría. De cualquier manera llegaríamos al significado. Pero esto no se contrapone a la existencia de la afectividad entre líneas o entre frases. Si bien esta utopía no es posible, sí lo es la generación del lenguaje que vivimos cotidianamente, el elemento subvertivo que hace del espacio comunicativo un proceso.

Esto nos lleva a plantear que el proceso de interpretación de la realidad es, a fin de cuentas, un proceso de significación.

Ideologización

En la sujeción y creación del lenguaje encontramos dos posibilidades de emergencia de la comunicación. Por un lado tenemos al patrón lingüístico cognoscitivo, que sujeta al que habla y al que oye, y por el otro a los patrones no lingüísticos, que contienen “sentires” no traducibles al patrón lingüístico, pero sí susceptibles de comunicarse. El significado refiere al aspecto cognoscitivo y el significante al aspecto afectivo, ambos presentes en el ámbito comunicativo de una sociedad (DeMoragas, 1980).

La ideología es comunicación, pero su característica más clara se

encuentra en la presencia de significado sin significante, porque surge de un grupo que desconoce la realidad de los ciudadanos y trata de imponer la suya. Así se revierten a la sociedad una serie de significados cognitivos que no evocan a un significante compartido. Estas comunicaciones impactan de manera diferente a los individuos, logrando en ocasiones aislar sus realidades.

Significado y significante

Esta ideologización en la comunicación de masas, por su característica antes señalada, rompe con las realidades compartidas y obstaculiza la comunicación humana. Decimos que la obstaculiza, pero no la anula, porque se basa primordialmente en el significado (aspecto cognoscitivo), y deja de lado al significante. Por lo que la posibilidad de una comunicación normativa e ideologizada, que no hace sentido con la realidad cotidiana de los ciudadanos, es más que posible.

La comunicación de masas se basa en el significado, pero de cualquier forma utiliza emociones y sentimientos para encontrar eco. ¿Cómo es esto posible si no tiene un significante compartido, tal y como se acaba de exponer? Encontramos en la comunicación de los medios masivos una gran incongruencia que no les es posible subsanar, ya que toda información contextualizada y con significado puede ser decodificada por el receptor sin que por esto haya un proceso comunicativo inmerso en ella. Los “lanzadores de información” buscan, de alguna manera, que su mensaje impacte en los oyentes y por lo tanto anclan su mensaje en ciertos significantes. Por esto es necesario hacer una distinción dentro de la categoría de significantes.

Un significante se genera por la emotividad compartida por un grupo de personas en una situación específica. Existen situaciones que son cotidianas para la mayoría de los ciudadanos de una sociedad y esto hace que aquel significante emotivo sea extendido a un grupo cada vez mayor. El significante puede variar, se puede hacer referencia a diversos hechos en diferentes comunicaciones manteniendo un solo significante. Este es un significante de contacto, ante el cual se puede establecer una comunicación que a ambas partes les hace sentido porque ambas han estado presentes en su generación (creación).

Un significante también puede remitir a una emotividad compartida que ya no está presente, esto es, la creación o generación de ese significante ocurrió en una situación y contexto que han pasado

(aquí no nos referimos a un sentido de temporalidad cronológica, sino de vivencias), y evoca un sentir que no es ajeno; razón por la cual una comunicación basada en este significante sólo nos remite al significado. Podemos entender el mensaje, pero no hace sentido con nuestra realidad. Se trata de un significante del pasado que carece de contenido emotivo.

Simbolización y desimbolización

El significante de contacto, aquel que nos pertenece porque lo hemos valorado, nos lleva forzosamente a la simbolización. Ese significante que hace sentido con mi realidad guía mi interrelación comunicativa de manera simbólica. Es aquí donde se ubica claramente el carácter simbólico y mediador del lenguaje. Regresando a las expectativas constantes que le dan dirección a una comunicación, diremos que cuando las expectativas de uno y otro de los actores de la comunicación incluyen el compartir el mismo significante, se ubican en una comunicación simbólica en donde el significado no es importante. Todos conocemos las comunicaciones plagadas de sobreentendidos en donde, a pesar de esto, resulta claro el sentido que pensamos que compartimos con el otro.

Este proceso de simbolización surge de una generación de significado diferente a la que el signo originalmente tenía, por lo que adjudicamos una carga afectiva que puede o no ser traducible a términos lingüísticos, pero no resulta necesario. Esta carga afectiva lo traduce en un significado que, al ser recreado en una comunicación subsiguiente, adquiere una simbolización intersubjetiva. Aquí el perder significado (nos referimos al significado normativo) le confiere un mayor nivel de simbolización. Por otro lado tenemos aquellos signos que sirven para ser comunicados con un interés predeterminado que se ubica bajo un significante no presente para quienes reciben la comunicación (no sólo ausente sino inexistente), de manera que cuando este mensaje es usado por los oyentes no refiere a ninguna simbolización. Es claro que esto no es posible en términos reales. Por lo que entendemos entonces que se trata de un proceso de desimbolización.

Esta desimbolización se encuentra presente también en el ámbito comunicativo de la sociedad, por lo que es parte del proceso de comunicación social, específicamente en la comunicación ideologizada. Todo lo anterior nos remite a una expectativa pesimista que niega la posibilidad de romper con la alienación de una comunicación

ideologizada, pero no es tal, ya que la misma vía de ruptura de la comunicación puede también acercar las realidades subjetivas de los seres humanos.

Cuestionamiento

La pregunta es: ¿Cómo romper con la comunicación ideologizada?, ya que entendemos que el significado y el significante tal y como han sido tratados ahora (Saussure, 1967; Sánchez de Zavala, 1970; Verón, *et al.*, 1969; Prieto, 1967; Ogden & Richards, 1964; Morris, 1962; Lenneberg, 1964; Jakobson, 1963; Greimas, 1971) no explican el proceso simbólico inherente a toda sociedad, y además no incluyen ni la generación de significantes y simbolizaciones, ni su contenido netamente afectivo; debe existir una vía comunicativa que utiliza a éstos.

El cuestionamiento, como aquella posibilidad de ahondar en un significado, de ahondar en la interpretación de realidad que se tenga, puede tener dos caminos. O bien romper con la comunicación (no pensar en el hecho que nos cuestiona), o bien generar lazos de comunicación mucho más sólidos.

Primera opción: ruptura de comunicación

En una comunicación interpersonal, el cuestionamiento puede generar problemas, ya que la comunicación “más fácil” es aquella que se basa en significados compartidos más consensualmente (p. ej. hace frío —refiere a temperatura, término objetivo), y un cuestionamiento es este nivel resulta agresivo y molesto. A pesar de lo anterior y resaltando el hecho de que la realidad es construida socialmente (Berger & Luckman, 1983), ni la comunicación interpersonal “más fácil” escapa de la posibilidad de ser cuestionada.

Cuando un cuestionamiento rompe con la comunicación, estamos en presencia de dos mundos subjetivos no conciliables fácilmente, por lo que el mejor escape es la evasión de una situación conflictiva. Se trata de dos significantes diferentes en una relación cara a cara, puede surgir del enfrentamiento de dos realidades una tercera; pero si se trata del enfrentamiento con un mensaje ideologizado, la posibilidad de cuestionamiento y contraargumentación se limita considerablemente. Ante esto, lo mejor y más sano es evadir el cuestionamiento y aceptar el mensaje o, en el mejor de los casos, ignorarlo. Ambas opciones terminan por romper una posibilidad comunicativa.

Las disciplinas que se han dedicado a explicar esta comunicación no se interesan en entender cómo es que se acepta un mensaje ideologizado cuando de hecho surge de una realidad ajena al oyente. Ignorando esto, se abocan a una interpretación semiótica de la comunicación tratando de incluir el contexto (DeMoragas, 1985), plantean que el incluir las expectativas del oyente en un proceso de comunicación de masas asegura una interpretación válida de éste.

Desde nuestro punto de vista, este proceso puede explicarse sin la visión lineal que los actores de la comunicación le confieren. Aspectos como el *status*, el biológico-social, etc., son importantes, ya que en el momento en que se incluyen suceden dos cosas: en primer término acudimos a una versión de la sociedad y de la ciencia también ideologizada, y en segundo término, si la comunicación es global y se cristaliza en la intersubjetividad, no es congruente el partir de una segmentación para explicarla.

Esta ruptura de la comunicación debe ser entendida como una ruptura del intercambio lingüístico que se rige por pautas determinadas culturalmente, pero la comunicación tiene muchas otras opciones. El compartir un silencio que denota desacuerdo con un mensaje que proviene de alguien jerárquicamente superior (el jefe o patrón, por ejemplo) rompe la posibilidad comunicativa en términos lingüísticos, pero esto no sucede así, ya que ese silencio también tiene un mensaje que es interpretado por la persona a la que va dirigido desde sus propias expectativas y de las expectativas que ha generado en torno a lo que los otros interpretan, de manera que lo que no debe decirse se dice con mucha nitidez. En este caso un cuestionamiento directo no tendría cabida, ya que los silencios adquieren su legitimidad social porque no son susceptibles de normalizar. Un cuestionamiento directo y verbal entra inmediatamente en el campo de la sujeción social del lenguaje, por lo que puede ser descalificado por medio de normas sociales ya conocidas por todos.

A pesar de que el lenguaje sujeta y no evoca al significante afectivo y preciso, sí es posible abordar el problema afectivo de la comunicación. Actualmente existe un área que desprende de la lingüística y la semiótica elementos importantes para el análisis de la comunicación social; ésta es la hermenéutica del lenguaje, que plantea una aproximación metodológica para abordar los silencios, las frases a medias y, en general, todo aquello que se comunica entre líneas. En el presente trabajo se rescata esta metodología como una posibilidad de análisis que puede enriquecer el trabajo de la psico-

logía social. No entendida bajo el desarrollo propio de tal hermenéutica, sino emergiendo de la misma posición psicosociológica que hasta aquí se ha planteado.

La hermenéutica del lenguaje (Castilla del Pino, 1985) intenta, a partir de las categorías símbolo y significante, ahondar en las subjetividades de la comunicación, pero este intento se ve constreñido a una visión fragmentaria de la interpretación simbólica de la realidad. La propuesta de este trabajo se aboca a la ubicación de aquellos significantes que la sociedad civil maneja y valora afectivamente y que, por lo tanto, se encuentran presentes en el ámbito comunicativo.

Estos significantes (entendidos tal y como se han expuesto),¹ que se encuentran presentes en los que no se dice y sin embargo se comunica, son los elementos claves para la interpretación simbólica del lenguaje y la interpretación de la realidad.

Desvirtuación simbólica

Partiendo de la comunicación ideologizada, entendemos que todo mensaje que responde a un interés desvinculado de la realidad cotidiana de una sociedad utiliza signos que refieren a significados consensuales, pero no evoca a un significante valorado socialmente, por lo que en ocasiones descubrimos cierta falsedad en los mensajes que intentan normar. Así como los silencios pueden hablar de un sentido diferente y subvertivo en una comunicación, también pueden entenderse como aceptaciones tácitas y conformistas de una realidad que ya se nos da interpretada.

Con base en esta aceptación tácita, podemos referirnos entonces a la existencia de una desvirtuación simbólica, ya que al comunicarnos utilizamos signos que parecen carecer de una simbolización intersubjetiva, porque el trabajo de interpretación no ha emergido de la sociedad. Pero esto no es posible si ubicamos a la comunicación verbal en su justa dimensión dentro de la comunicación social. No es tan importante lo que verbalmente aparenta ser conformismo tácito, como el sentido que adquiere esta comunicación verbal en la interpretación intersubjetiva social que se ve plasmada en la realidad cotidiana.

¹ No es nuestro interés el continuar con la polémica existente en torno a estos términos, ya que para crear un marco de referencia sobre comunicación social no parecen indispensables, aunque cabe aclarar que para este trabajo el significante aglutina significados diversos con una connotación claramente afectiva y como complejo intersubjetivo significa las realidades individuales y grupales (les da sentido).

Esto no quiere decir que la desvirtuación simbólica no exista, lo es desde el momento en que la comunicación (o por lo menos los mensajes) está ideologizada, pero esta desvirtuación no puede permanecer en el ámbito comunicativo, ya que aquello desvirtuado no puede darle sentido a una sociedad.

Así como se ha dicho que el cuestionamiento abierto (verbal), rompe con la posibilidad comunicativa tal y como se conoce tradicionalmente (entiéndase: emisor, canal, mensaje, receptor, vgr. codificación y decodificación), también se vislumbra la posibilidad de generar un espacio comunicativo diferente al que el patrón lingüístico ideologizado impone. Esta alternativa también puede ser entendida como un cuestionamiento.

Segunda opción: rescate de comunicación

Decíamos que el cuestionamiento puede generar problemas en una comunicación interpersonal cuando se enfrentan dos realidades de igual valor (comunicación cara a cara); así también entendemos que por más consensual y objetivo que sea el referente (el ejemplo de la temperatura resulta nuevamente pertinente), siempre tendrá una carga subjetiva y simbólica para el que lo utiliza. Aun y cuando resultara adecuada la utilización del cuestionamiento en una comunicación interpersonal para el desarrollo de los actores de la comunicación en su generación como individuos, para el sentido que la comunicación le confiere a una sociedad, resulta mucho más relevante el cuestionamiento que la intersubjetividad misma logre hacer de la realidad de que se trate.

Tal vez exista una sensación de "frío" que sea incongruente con los patrones lingüísticos establecidos, pero que asimismo sea compartida por una sociedad. Nuestra intención es hacer énfasis en el hecho de que la compartición subjetiva de una realidad puede ser el elemento subvertivo que cuestione a esa realidad que ya se nos da interpretada.

No se trata de descubrir cómo la sociedad puede llegar a cuestionarse a sí misma, sino cómo es que constantemente se cuestiona de manera que el proceso de significación y simbolización permite su avance. Este cuestionamiento a la sociedad se da siempre bajo la presencia de un significante que le da sentido a una interrelación diferente a la que impone la norma consensual, por lo que podemos hablar de dos aparentes significancias cuando en realidad se vive una sola.

Para los análisis semióticos sólo es posible entender el significante como aquel que rige la norma más cierta emotividad intergrupala, por lo que queda excluida toda posibilidad contraria a esto. Un análisis hermenéutico, por el contrario, permitiría ahondar más allá del aparente significante para encontrar el sentido real que adquiere en la intersubjetividad. Esto se torna más complicado cuando se presupone la existencia de significantes rígidamente ligados a un significado (aspecto afectivo-cognoscitivo). Pero la inclusión del aspecto afectivo como determinante de la comunicación social permite vislumbrar una dinámica diferente en este proceso, y es la que se ubica en la generación y simbolización subjetiva de significantes. Siguiendo esta idea podemos encontrar que dos discursos semejantes en su contenido semiótico pueden ser diametralmente opuestos cuando se ubican en este sentido más amplio de comunicación.

Este cuestionamiento social no surge espontáneamente, sino que tiene su origen en las vivencias cotidianas que, precisamente por sus características de cotidianidad, son compartidas al interior de la sociedad. Las particularidades de cada vivencia quedan fuera de lo compartible, ya que son la forma. No obstante, el contenido sí es comunicable, puesto que hace sentido tanto para el uno como para el otro (sean quienes fueren dentro de una cultura determinada). Enfatizar el significado sólo nos remite a la forma, abordar el significante nos conduce al contenido.

Simbolismo y afectividad

Hemos planteado ya la necesidad de una hermenéutica del lenguaje, pero también nos hemos referido a las limitaciones que confiere el estudio el lenguaje *per se* a la explicación de la comunicación social. Por tal motivo es necesario ampliar la concepción de "hermenéutica" en este trabajo. Los patrones lingüísticos pueden crear sentido o pueden también desvirtuar una comunicación, por lo que ambas posibilidades deben incluirse en cualquier aproximación que intente explicar la comunicación social. El estudio hermenéutico del lenguaje que aquí se propone no se queda únicamente en el signo lingüístico como tampoco refiere a la necesidad de contextualizar directamente a toda comunicación,² en tanto "interlocutores y si-

² Aquí se hace referencia básicamente a Laswell y sus seguidores en su paradigma tan conocido: "quién dice qué a quién con qué efecto y en qué situación".

tuación", sino a todas las interpretaciones posibles que una comunicación pueda tener.

Tal vez la primera impresión sea la de una total arbitrariedad en las interpretaciones que al autor se le ocurran, pero no es tal si retomamos la característica de simbolización que tiene cualquier sociedad comunicante. El símbolo y la afectividad forman parte de un proceso no disociable que puede explicarse a partir de los intercambios cotidianos. No podemos pretender abarcar el todo de una comunicación interpersonal, ni es tampoco el interés que guía este trabajo, pero sí tomar estas comunicaciones como punto de partida para lograr comprender el proceso comunicativo en su intersubjetividad.

Si un signo puede tener varios significados, así como diferentes significados pueden conglomerarse en un significante, siendo que se pueden evocar diversos significantes a través de un mismo significado, la tarea se aprecia extenuante, pero pareciera que olvidamos la cualidad simbólica de la comunicación. El proceso de simbolización incluye toda una forma de interpretar la realidad con una lógica propia. El punto entonces sería el de abordar la simbolización, ya que nos remitiría necesariamente a la significación, sin el peligro de perdernos en las ambigüedades de estos términos.

El estudio de la simbolización excluye forzosamente a los actores de la comunicación, ya que, después de tener su origen en un intercambio cotidiano, adquiere sentido en la simbolización y ésta se recrea en un nuevo intercambio; pero mientras siga vigente el significante en la realidad cotidiana (esto es, que siga siendo un significante de contacto), esa simbolización seguirá presente en el ámbito comunicativo, aun y cuando su contenido lingüístico no permanezca inmutable.

Por medio de una hermenéutica del lenguaje podemos acceder a la simbolización, pero para esto deberemos encontrar los elementos básicos de este análisis. Decíamos ya que este trabajo no puede ser arbitrario ni a gusto del autor, pero existe una salvedad para este problema y surge de dos vertientes. Por un lado, es claro que nadie escapa a la interpretación de la realidad en consecuencia con un proceso de generación simbólica que todos vivimos, pero lejos de ser un defecto, esto permite el conocimiento de diferentes interpretaciones de la realidad. No se trata de descalificar unas y apoyar otras por mero gusto personal, sino más bien, partir de criterios que tengan significancia societal entre significante y vida cotidiana es fundamental para entender una comunicación que

acerca realidades humanas, por lo que es aquí en donde se debe iniciar este trabajo de explicación.

Significante y vida cotidiana

La sociedad normativa indica la forma que debe tener la vida cotidiana, pero la sociedad vivida nos refiere al contenido de la misma. Luego entonces, nos interesa deslindar a la sociedad normativa de la sociedad vivida. Mucho de esa vida cotidiana permanece oculto para la norma lingüística, pero no para la comunicación social, por lo que un estudio hermenéutico de cómo se conversa lo que la norma lingüística indica nos llevaría a la interpretación de la realidad.

De esto se desprende que, si analizamos las conversaciones como unidades, podemos encontrar —bajo diferentes significados—, significantes compartidos. La tarea entonces es la de encontrar aquellos significantes que subvierten a aquellos que se intentan adjudicar una visión única del mundo (léase ideologizados).

Para lograrlo se propone un análisis hermenéutico con tres fases:

1ª fase. Análisis del ámbito comunicativo de la sociedad

Aquello de lo que la sociedad habla porque le es relevante, aunque en temáticas resulta contradictorio. El interés estaría centrado en aquellas polarizaciones de significado (simbolización *vs.* desvirtuación simbólica), que puedan llevarnos posteriormente a un significante complejo. La pregunta aquí es: ¿Qué es lo que la sociedad civil habla? (FORMA).

2ª fase. Análisis hermenéutico de estas polarizaciones

Teorización sobre las posibles relaciones afectivas que permitan resolver y comprender las polarizaciones de forma, de manera que permita incluir la alternativa subvertiva del proceso comunicativo. La pregunta aquí es: ¿Qué es lo que la sociedad civil comunica? (CONTENIDO).

— Integración. La integración de estas dos fases permitirá obtener los criterios iniciales de lo que aquí hemos denominado hermenéutica del lenguaje. Estos criterios iniciales servirán como guía para:

3ª fase. Explicación de procesos comunicativos específicos y generación simbólica.

Aquí el interés se ubicaría en, por un lado, comprobar la validez de los criterios iniciales y, por el otro, explicar las incongruencias de forma para poder abordar la afectividad de la comunicación. La pregunta aquí es: ¿Qué es lo que la sociedad civil no habla, pero sí comunica?

Consideraciones finales

Existen en todos los patrones lingüísticos utilizados en las comunicaciones sociales aspectos que refieren a todo un mundo afectivo inmerso en la comunicación. Esto hace pensar que el no incluirlos en esta propuesta limita sus posibilidades explicativas; sin embargo, el sentido que para nosotros tiene el término *significante* los incluye. Esto no excluye una posible explicación de los patrones no lingüísticos por sí solos.

Bibliografía

- Berger, P& Luckman, T.(1983), *La construcción de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Bernstein, B. (1979), "Clase social, lenguaje y socialización" en: Ashworth, P.D. (1979), *Social Interactton and Conctousness*, Ed. Wiley.
- Castilla del Pino, C. (1975), *Introducción a la hermenéutica del lenguaje*, Ed. Península, Barcelona.
- De Moragas, S.M. (1980), *Semiótica y comunicación de masas*, Ed. Península, Barcelona.
- Greimas (1971), *Semántica estructural*, Madrid.
- Jakobson (1963), *Essats de liguistique générale*, París.
- Mead, G.H. (1972), *Espíritu, persona y sociedad*, Paidós, Buenos Aires (originalmente publicado en 1952).
- Ogden & Richards (1964), *El significado del significado*, Buenos Aires.
- Pierce (1962), *Símbolos, señales y ruidos*, Madrid.
- Prieto, F. (1967), *Mensajes y señales*, Barcelona.
- Sánchez de Zavala (1970), *Lingüística, semántica y antropología*, Madrid.
- Saussure, F. (1967), *Curso de ltingüística general*, Buenos Aires.
- Shibutani, T. (1971), *Sociedad y personalidad: una aproximación interaccionista a la psicología social*, Ed. Paidós, Buenos Aires.